

# LA RISA ROJA

Por LEONID ANDREYEV.

(Traducción de Fernando de Fuentes.)

## (Continuación).

—En la guerra,—contestó el que había reído; y de nuevo rompió en una risa hueca, sin sentido, como si se ahogara.

—¿De qué se ríe ese imbécil?—preguntó alguien con indignación.—¡Silencio!.....

El otro ahogó la risa en la garganta y enmudeció obedientemente.

La noche se venía encima, la nube parecía querer posarse sobre la tierra, y con dificultad podíamos distinguimos los rostros fantasmales. Alguien preguntó.

—¿Y dónde está "patas-gordas?"

Llamábamos así a uno de los compañeros, muy bajo de estatura, que usaba siempre enormes botas impermeables.

—Aquí estaba hace un momento. "Patatas-gordas", ¿dónde estás?

—"Patatas-gordas", no te escondas. El olor de tus zapatos te denuncia.

Todos rieron, pero su risa fué interrumpida por una voz ronca e indignada, que parecía brotar de la obscuridad:

—¡Silencio! ¡Vergüenza habían de tener!..... Esta mañana mataron a "Patatas-gordas"!

—Si aquí estaba hace un momento. Debe haber un error.

—Te lo imaginaste. ¡Eh! Tú, el del samovar. Córtame una rebanada de limón.

—A mí otra.

—Y a mí.

—Ya se acabó el limón.

—¿Qué les parece, muchachos?—dijo una voz suave, quejumbrosa y casi llorando;—yo que vine nada más por el limón.

El otro rompió de nuevo en una risa hueca y falsa, pero esta vez nadie protestó. El mismo, como asustado del sonido de su propia risa, detúvose en seco. Alguien dijo:

—Mañana empieza el avance sobre el enemigo.

Peró varias voces se alzaron airadas:

—¡Avance sobre el enemigo! ¡No faltaba más!

—Pero.....

—¡Silencio! ¡Como si no pudiéramos hablar de otra cosa!

El sol acabó de hundirse en el Poniente. La nube aclaró un poco; los rostros comenzaron a familiarizarse, y el que no había cesado de andar apresuradamente alrededor del círculo, se calmó y volvió a sentarse.

—¿Cómo se sentirá estar uno en su casa?—preguntó vagamente; y en su voz temblaba una sonrisa culpable.

Y otra vez todo volvió a hacerse terrible, incomprensible y extraño, tanto, que el horror apoderóse de nosotros al grado de hacernos casi perder la razón. Y comenzamos todos a hablar y gritar a la vez, haciendo ruido, moviendo nuestras tazas, tocándonos mutuamente los brazos, las manos, las rodillas, y, de pronto, todos quedamos silenciosos, cediendo ante lo incomprensible.

—¿En su casa?—gritó alguien en la obscuridad. Su voz era ronca y temblaba de emoción, miedo y odio. Y las palabras no podían brotar de su garganta como si las hubiera olvidado.

—¿En su casa? ¿Qué casa? ¿Dónde hay casas? No me interrumpen o hago fuego. En mi casa me bañaba todos los días,—¿entienden ustedes—en un baño con agua, agua hasta los bordes. Ahora ni la cara me lavo tengo el cabello lleno de lodo, el cuerpo me arde, y siento cómo brincan, cómo se arrastran..... Voy a volverme loco de mugre, y hablan ustedes de "su casa"! ¡Estoy convertido en un animal, me desprecio a mí mismo, ya no puedo reconocerme, y la vida y la muerte me son indiferentes! ¡Y ustedes pueden hablar de "su casa"! ¿Qué casa? ¡Calles, ventanas, gentes!..... Pero si yo no me atrevería a salir a la calle ¡ahora por nada! ¡Me daría vergüenza! Han traído ustedes un samovar aquí. Pues bien, me da vergüenza verlo!

Los demás rieron de nuevo. Alguien gritó más bien que dijo:

—¡Maldita sea! Yo quiero volver a mi casa.

—¿A tu casa?

—No sabes lo que es cumplir con el deber.

—¿A su casa! ¡Muchachos, quiere irse a su casa!

Hubo una explosión de risas y voces lastimosas, luego volvieron todos, a quedar silenciosos, cediendo ante lo incomprensible. Y entonces, todos, no sólo yo, lo sentimos. Venía hacia nosotros, de las llanuras misteriosas y lóbregas, donde tal vez los heridos y dispersos morían entre las rocas; brotaba de ese cielo enemigo y hostil. Nos apiñamos alrededor del rescoldo en silencio, perdida la razón por el terror, mientras una enorme nube informe que se había alzado del mundo, nos contemplaba desde el cielo con una mirada silenciosa y fija. De pronto, casi a nuestro lado, probablemente frente a la tienda del Comandante, una banda rompió a tocar, y las notas alegres y atropelladas parecieron centellear en la obscuridad de la noche.

La banda tocaba con frenesí, desafiadoramente, apresuradamente, demasiado fuerte y demasiado alegre; y podía sentirse que tanto los que tocaban como los que escuchaban, veían, como nosotros, la misma enorme sombra informe ceniéndose sobre el mundo. Era indudable que el que tocaba el clarín, tenía esa enorme sombra muda metida en el cerebro y en los oídos. Las notas destrozadas y abruptas salían atropelladamente, brincando y separándose del coro en estremecimientos de horror y de locura. Y los otros sonidos parecían detenerse a contemplar su fuga; tan torpemente brotaban corriendo, tropezando y ca-

yendo, y elevándose de nuevo en desordenado coro, demasiado fuerte, demasiado alegre, demasiado cercano a las barrancas negras, donde probablemente los heridos y dispersos, aún agonizaban entre las rocas.

Largo rato permanecemos en silencio alrededor de la extinguida hoguera.

## FRAGMENTO V.

Dormía profundamente, cuando el doctor, con precaución, me despertó con suaves golpecitos en el hombro. Sobresaltado, lancé un grito y me precipité hacia la entrada de la tienda, como todos hacíamos cuando alguien nos despertaba repentinamente. Pero el doctor me detuvo firmemente por el brazo, dándome a la vez toda clase de excusas.

—Se asustó, dispénsese..... Ya sé que quiere usted dormir.....

—Cinco días y cinco noches.....—murmuró medio dormido. Y arrojándose de nuevo en el catre, me dormí otra vez profundamente. Después de un lapso de tiempo que a mí me parecieron largas horas, pero que había sido en realidad treinta segundos, oí de nuevo la voz del doctor, y sentí otra vez sus manos cosquilleándome suavemente las costillas y las piernas.

—Es muy urgente. Amigo mío, por favor, es necesario. Estoy seguro..... No puedo olvidarlo..... Estoy seguro de que se quedaron muchos heridos.....

—¿Qué heridos? Pero si estuvieron ustedes trayéndolos todo el día. Déjeme usted en paz. No es justo. ¡No he dormido en cinco días!

—Amigo mío, no se enoje usted,—murmuró el doctor mientras me ponía torpemente la gorra en la cabeza; todo el mundo duerme, es imposible despertar a nadie. He podido conseguir una máquina y siete carros, pero necesitamos hombres. Comprendo, querido amigo.... Se lo suplico... Todo el mundo duerme y todo el mundo se niega. Yo mismo, creo que me voy a quedar dormido de un momento a otro. Ya no recuerdo la última vez que dormí. Creo que empiezo a tener alucinaciones. Vamos, vamos, así, así, nada más baje usted este pie, nada más uno, así así.....

Pálido y vacilante, el doctor tartamudeaba al hablar, y era fácil ver que si sólo pudiera reclinar un instante, se quedaría dormido sin despertar por varios días. Mis piernas se negaban a sostenerme, y estoy seguro de haber caminado dormido sin saber nada, hasta que de pronto, como surgiendo de la tierra, apareció ante nosotros una fila de siluetas negras y fantásticas.—la máquina y los carros. Cerca de ellos, apenas delineables en la obscuridad, iban y venían las sombras silenciosas de algunos hombres.

No había una sola luz en la máquina o en los carros, y sólo la parte inferior de